ANTIGUOS RECUERDOS DE UN PROFESOR

POR

JOSE M.ª DUSMET Y ALONSO

El estado de mi vista no me permite estudiar los insectos, así que no puedo hacer ya un trabajo entomológico. Pero ante la amable insistencia de mi querido amigo don Gonzalo Ceballos, director del Instituto Español de Entomología, algo debo escribir para este número extraordinario de EOS, sin otro motivo que el hecho de ser yo actualmente el más viejo de los entomólogos de España, y creo también de los de la Península Ibérica.

Conmemora este tomo el XXV aniversario de la REVISTA ESPAÑOLA DE ENTOMOLOGÍA. Cuando empezó ya eran beneméritos algunos de los actuales colaboradores. Mejor ellos que yo se ocuparán de la importancia de EOS. Mucho conseguir es en un país en que hay tan pocos aficionados a los insectos que esté tan acreditada en el extranjero, como he podido comprobar por los elogios que de ella me han hecho varios de mis amigos de diversas naciones. En su colección hay artículos escritos por 31 naturalistas españoles y por 75 extranjeros de muy variados países.

De lo que podré escribir algo es de don Ignacio Bolívar, al cual también se recuerda en este tomo con motivo de haberse cumplido recientemente el centenario de su nacimiento. En 1889, antes aún de ser discípulo suyo, empecé a tratarle y a ir de excursiones con él. Eso duró, sin interrupción, cerca de cincuenta años. Primero porque, renidos los alumnos de dos cursos, íbamos con Bolívar y Quiroga por la provincia de Madrid en excursiones variadas y entretenidas, en las que, alumno yo de don Francisco Quiroga, para él recogía minerales; pero a la vez cazaba insectos bajo la dirección de don Ignacio. Así que cuando al otro

curso fuí ya discípulo de éste, sabía bien que mi afición era la Entomología.

Después, en años siguientes, mientras yo terminaba la carrera y doctorado, lo hacía en aquel viejo museo de Alcalá, 11, cuyo personal, lo mismo técnico que subalterno, era muy escaso y muy viejo. Los profesores no se jubilaban, pero vivían mucho. Los bedeles o mozos eran unos fósiles casi de la edad del megaterio. No recuerdo que hubiera seres intermedios, ni becas, ni recolectores, ni preparadores. Bolívar tenía que arreglar y limpiar las cajas de insectos (pocas eran entonces), ayudado tan sólo por su ayudante (si es que lo había), por los alumnos, muy escasos, y por varios ex alumnos, que, aunque alguno fué entomólogo, en su mayoría lo hacían tan sólo como mérito para posibles oposiciones. Como yo no las hice nunca fuí casi el único que siguió año tras año trabajando al lado de don Ignacio. Se trasladó después el museo a la planta baja de la Biblioteca Nacional. Y la Entomología estuvo algunos años muy mal instalada en un anejo del Museo Velasco. Y por fin llegó al edificio actual, construído provisionalmente para Exposición de Bellas Artes. Y así siguió la Historia Natural, como museo y como enseñanza, en lugares accidentales desde que se la desposeyó del gran edificio que le preparaba Carlos III, el que hoy es la magnífica Galería de Pintura, Museo del Prado.

Bolívar no enseñaba la asignatura completa. Para hacerlo con más extensión, cada curso explicaba una parte de la Zoografía de Articulados. Y así se dió el caso curioso de que yo, que tenía afición a los insectos, antes y después de pasar por su asignatura, nunca he recibido lecciones oficiales de Entomología. En mi curso se ocupó sólo de crustáceos. Don Ignacio Bolívar, gran entomólogo por sí mismo, seguía un sistema muy poco frecuente entonces, pero del que se habla ahora mucho en métodos pedagógicos. El profesor, más que dar una enseñanza, tiene que formar el espíritu del alumno para que él estudie, amplíe y aprenda por sí mismo. No tengo yo autoridad para decidir si el sistema es bueno o es malo. Mi opinión particular es que, como en muchos asuntos, la teoría es distinta de la práctica. Si el profesor es bueno, como era don Ignacio, muy bien, porque enseñaba constantemente en las prácticas y en las excursiones. Con tal de que tam-

bién el alumno desee aprender. Pero por desgracia hay profesores que explican por pasar el rato, y sobre todo entre los alumnos no hay duda que son más los holgazanes que los aplicados. Entonces y ahora. Por tanto, en general, quizá sea peor el sistema moderno o perfeccionado que el primitivo. Con Bolívar el caso era distinto. Mientras limpiábamos el polvo a las cajas, como mientras estábamos de excursión, no cesaba de aleccionarnos con el ejemplo y la demostración. No hay que achacar las ventajas sólo a los alumnos, pues bien recuerdo que yo mismo, sin tener a la Geología la afición que tenía a los insectos, supe muy bien la asignatura, porque don José Solano, marqués del Socorro, era también un gran profesor. Los había entonces, unos por demasiada edad y otros por diferentes motivos, que no enseñaban nada.

No debo dejar de ocuparme de la cualidad que le hacía sobre todo sacar más partido de sus alumnos. Lo característico de don Ignacio era su finura, su agrado; lo que suele llamarse el don de gentes. Ante él han pasado miles de personas como alumnos, como visitantes del museo, españoles o extranjeros, o como sencillos aficionados. Todos sin excepción conservaban de él un recuerdo grato por sus atenciones, nacidas del deseo de que todos quedasen satisfechos en lo que trataban de aprender o de averiguar.

Durante cerca de cincuenta años he estado con gran frecuencia a su lado, algunas temporadas diariamente. En ciertas ideas pensábamos de modo opuesto, y lo sabíamos; pero jamás le oí hablar de religión ni de política. Bastante conversación teníamos con nuestro mutuo entusiasmo por la Entomología.

En las excursiones era un agradable compañero, a la vez ameno e instructivo. Ya he dicho que en la caza nos aleccionaba sobre las especies recogidas, el más útil sistema para el recuerdo. ¿Cómo he de olvidar los nombres (ahora ya muchos variados) del *Pyrrhocoris apterus,* que figuró con el número 1 en mi colección; del *Gomphocerus sibiricus* y la *Nebria villefroyi,* que estaban alrededor de las manchas de nieve de Peñalara; del *Platyplax salviae,* formando plaga en las paredes de la estación de Montarco; de los *Ocnerodes brunneri,* que caían dando volteretas por los cerros de Ribas?

De algunas excursiones conservo un especial recuerdo. Hace

casi medio siglo, el 15 de julio de 1902, marchaba yo con Bolívar a La Granja de San Ildefonso para reunirnos allí con tres entomólogos extranjeros, los franceses François y Chrétien, que pasaban allí una temporada, y el coleopterólogo Seebold, alemán casi español, pues vivió largos años en Bilbao. Chrétien preparaba admirablemente los microlepidópteros. Los cinco cazamos al día siguiente por los jardines y alrededores de La Granja, y otro día subimos a Peñalara por la Laguna de los Pájaros. Inolvidable recuerdo de mi primera excursión alpina y de las cazas junto a la nieve.

También como algunos años veraneó en El Escorial, le acompañé muchas veces y aprendí de él los excelentes cazaderos de aquellos puertos.

Puedo citar otra excursión notable: el 8 de junio de 1912, organizada por el museo en un autobús grande en que íbamos muchos, entre ellos los dos Bolívar, don José y don Antonio Casares, Beltrán, Vicioso, Antonio Martínez y Belbeze. Entonces aún no se usaban mucho los grandes autobuses, y el plan era ir al puerto de Somosierra. Pero el coche se portó mal: paró una vez y luego otras y, por último, cerca de San Agustín, a unos 31 kilómetros de Madrid. Aunque yo aproveché para cazar bastante. la excursión se consideró fracasada, y se envió a un hombre para telefonear pidiendo otro coche a una caseta de Canales del Lozoya, a buena distancia. Desconfiando del auxilio y como entonces no había mucho tránsito, resolvimos emprender la vuelta a pie. Pasado tiempo llegó el coche..., y era de cuatro asientos. Aunque queríamos que lo ocupasen don Ignacio y otros mayores, se negó en absoluto. Y seguimos la caminata hasta que, mediada la tarde, llegó otro autobús muy grande (lo parecía entonces, con 24 asientos), y llevando a remolque al nuestro averiado cruzamos por Cuatro Caminos, donde por ser verbena nos ovacionaron.

El cazadero de más recuerdos de don Ignacio es Montarco, un lugar estepario, árido y feo, que parece no ha de tener insectos y, en efecto, es muy semejante a otros que conozco en la región y son poco fructuosos. Pero Montarco y sus alrededores, hasta el cerro de Ribas y orillas del Manzanares y Jarama, son unos extraordinarios cazaderos.

Descubierto por Bolívar hacia 1880, allí hemos encontrado

multitud de especies nuevas: de ortópteros, Bolívar; de coleópteros, Lauffer, Escalera y otros; de lepidópteros, Vázquez Figueroa; de dípteros, Arias y Gil; de neurópteros, el P. Navás, y de himenópteros, Mercet y yo. Además de la calidad, es notable la cantidad en que suelen hallarse, aunque, como ocurre en algunos lugares, es muy desigual según los días, acaso porque, en confluencia de dos ríos, es muy propicio a los vientos, y se da el caso de ir allá un día al parecer bueno y no encontrar nada, mientras que otros días se llenan los frascos.

Varias veces le oí decir a don Ignacio que debíamos publicar una *Fauna entomológica de Montarco*. Hubiese sido un libro notable, que habría asombrado en el extranjero, como ejemplo de paraíso entomológico. Sabido es que España, como ya he publicado varias veces, es la región de Europa en que se hallan más especies de himenópteros. Es fácil que ocurra también en otros órdenes. Es cosa natural, por las diferencias de aridez y de vegetación, así como de temperatura, pues solamente en la provincia de Granada se hallan desde la región de la caña de azúcar hasta la de las nieves perpetuas. En cuanto a Montarco puedo decir que me ha ocurrido más de una primavera hacer una excursión de varios días a una región de España desconocida para mí y volver con pocos insectos y vulgares. A los pocos días iba a Montarco, tan conocido, y recogía más que en toda la excursión; acaso alguna especie nueva.

Deseo tratar un tema interesante. Le oí decir al profesor Bolívar varias veces un axioma entomológico: «No hay especie de insecto que sea rara. Falta solamente hallar el sitio en que abunda.» El conocido coleopterólogo Maurice Pic escribió una vez (*Actas del Congreso Internacional de Entomología de París*) que había oído esta frase, sin recordar a qué naturalista. Sería al propio don Ignacio, puesto que estaban en mucha relación. Pero Pic disentía de tal opinión, creyendo que aunque a veces pasase así, en la mayoría de los casos eran insectos siempre raros.

Por mi parte estoy convencido de que tiene más razón Bolívar que Maurice Pic. España proporciona varios ejemplos, de los que cité algunos en mi trabajo «La abundancia y la distribución de los himenópteros en España» (*Actas del VI Congreso Internacional de Entomología,* Madrid, 1935). Como estas

Actas, por circunstancias especiales, han tenido poca difusión, voy a repetir algunos ejemplos de los allí expuestos para corroborar la tesis de Bolívar.

El *Odynerus nobilis* Sauss. fué descrito por su autor de España y Francia. Nosotros teníamos durante muchos años sólo 3 ♀♀, en las colecciones del museo, de Mercet y mía. En Jaramiel (Valladolid), de donde era mi único ejemplar, cacé después, en dos años distintos, en media hora cada día y en el mismo sitio de un arroyo, unas 100 ♀♀ y ningún ♂.

El *Odyn. navasi* Dusm., descubierto por mí en Montarco, siguió muchos años muy escaso allí y en Zaragoza (P. Navás!). Después lo encontró abundante en Logroño don Manuel Miranda.

Lo más notable en esta materia que estudiamos es el hallazgo mío de 4 *Odynerus* nuevos en los desmontes del Jarama, cerca de Ribas. De ellos el *Odyn.* (*Ancistrocerus*) *dusmetiolus* Strand. (que yo describí con el nombre de *sociabilis,* nombre preocupado, porque ya Perkins se lo había dado un año antes a otro de las islas Hawai) es en Ribas abundantísimo. Resultó que ya se había encontrado antes en Francia, Alemania y Bélgica; pero se le confundía con el *Od. excisus* Thomson, por ser las ♀♀ casi iguales, siendo los ♂♂ muy distintos. Luego, considerado por todos buena especie, se ha encontrado en otros puntos de España. Caso diferente es el del *Od.* (*Ancistrocerus*) *hispanicus* Dusm., bien distinto de todos los demás españoles o europeos. Como el anterior, está en dichos desmontes en cantidad enorme. Siempre que deseaba yo tener más para cambios, sabía que en una mañana, yendo a Ribas, podía recoger una centena. Posteriormente se ha cazado en Vaciamadrid y en Toledo, como también en Zaragoza (P. Navás!) y en Calahorra (Miranda!). Pero siempre escaso en tales sitios. Es decir, que si no se hubiese ido a Ribas sería una especie rara, y allá es abundantísima. Diferente es lo que ocurre al *Od.* (*Lionotus*) *cabrerai* Dusm., que no se encuentra en los acantilados, sino a unos 100 metros, solamente en una estrecha raja del terreno que termina en un despeñadero sobre el Jarama. Aunque cerca de la carretera, es una casualidad llegar a tal paraje. Y allí le descubrí y, repitiendo varios años, siempre hallé tan sólo uno o ninguno cada vez, reuniendo unos 10 en varios años. Alguno apareció después en Alicante (García Mer-

cet!) y en Valencia (Boscá!). Ambos colectores han muerto, de modo que los sitios son desconocidos. El de Ribas bien difícil es de hallar. A diferencia de las otras especies, no es éste el lugar de la abundancia.

Como ejemplos contrarios a los que he citado, pero que igualmente sirven para apoyar la tesis de Bolívar y mía, puedo nombrar unas cuantas especies cazadas en España por mí o mis compañeros en ejemplares únicos o casi únicos, a pesar de hallarlas en sitios muy frecuentados por nosotros en repetidas excursiones, y que, sin embargo, son insectos de relativa abundancia en otros países de Europa. Así, los Chalastogastra: *Xyela julii* Bréb., *Lophyrus frutetorum* F., *Nematinus luteus* Panz., *Mesoneura opaca* F., *Dolerus nitens* Zadd., *Allantus cingulatus* Scop. y otros muchos. Los Vespidae: *Vespa media* De Geer, *Discoelius zonalis* Panz., *Odynerus herrichi* Sauss., *Pterocheilus phaleratus* Panz. Los Apidae: *Nomada rufipes* F., *Nom. alboguttata* H. Sch., *Panurginus labiatus* Ev.

Es decir, que, sin negar que pueda haber especies siempre escasas, lo más frecuente es lo contrario, o sea que, apareciendo escasas en uno o varios puntos, se llega a encontrar otro en que están en cantidad. Debe tenerse en cuenta el muy pequeño número de localidades exploradas. Por lo que a himenópteros se refiere ya publiqué la estadística aproximada de las que figuran en España. De 10.000 términos municipales solamente se ha cazado en unos 500, y entre éstos nada más que en un ciento de ellos se habrá cazado varios días y en número abundante. Ha de haber, por tanto, aún en la Península muchas especies nuevas, y de las que ahora parecen escasas algún día se descubrirá un cazadero apropiado.

Don Ignacio Bolívar y yo, como es lógico, por nuestro largo trato y mutuas aficiones, nos teníamos un gran afecto. Yo nunca le hube de pedir nada, pues no hacía oposiciones; pero él se anticipaba a mis deseos en todo lo referente a arreglos de colecciones, encargándome en absoluto de las de himenópteros. Ya fué indicación suya el tema para mi tesis del doctorado, sobre los Tentredínidos, de quienes nadie se había ocupado en nuestra Patria.

Por circunstancias familiares hubo de pasar sus últimos años

fuera de España, ya que él personalmente no creo que hubiese sido expulsado por ningún Gobierno, puesto que nunca intervino en política. Muy triste habrá sido para Bolívar separarse del Museo de Historia Natural, en el cual trabajó unos setenta años, primero como estudiante, después en distintos cargos y largos años como director. Puede decirse que todos los entomólogos españoles, desde el último cuarto del pasado siglo, unos como alumnos, otros como visitantes del museo o como corresponsales, han sido formados, dirigidos o animados por don Ignacio. Yo, el que queda más viejo de todos ellos, a la vez que pido a Dios que haya recibido su alma, siento no haber visto sus últimos momentos y que ello haya ocurrido lejos de las diversas instituciones científicas que él creó, propagó o estimuló.